

Los Secretos del Humedal

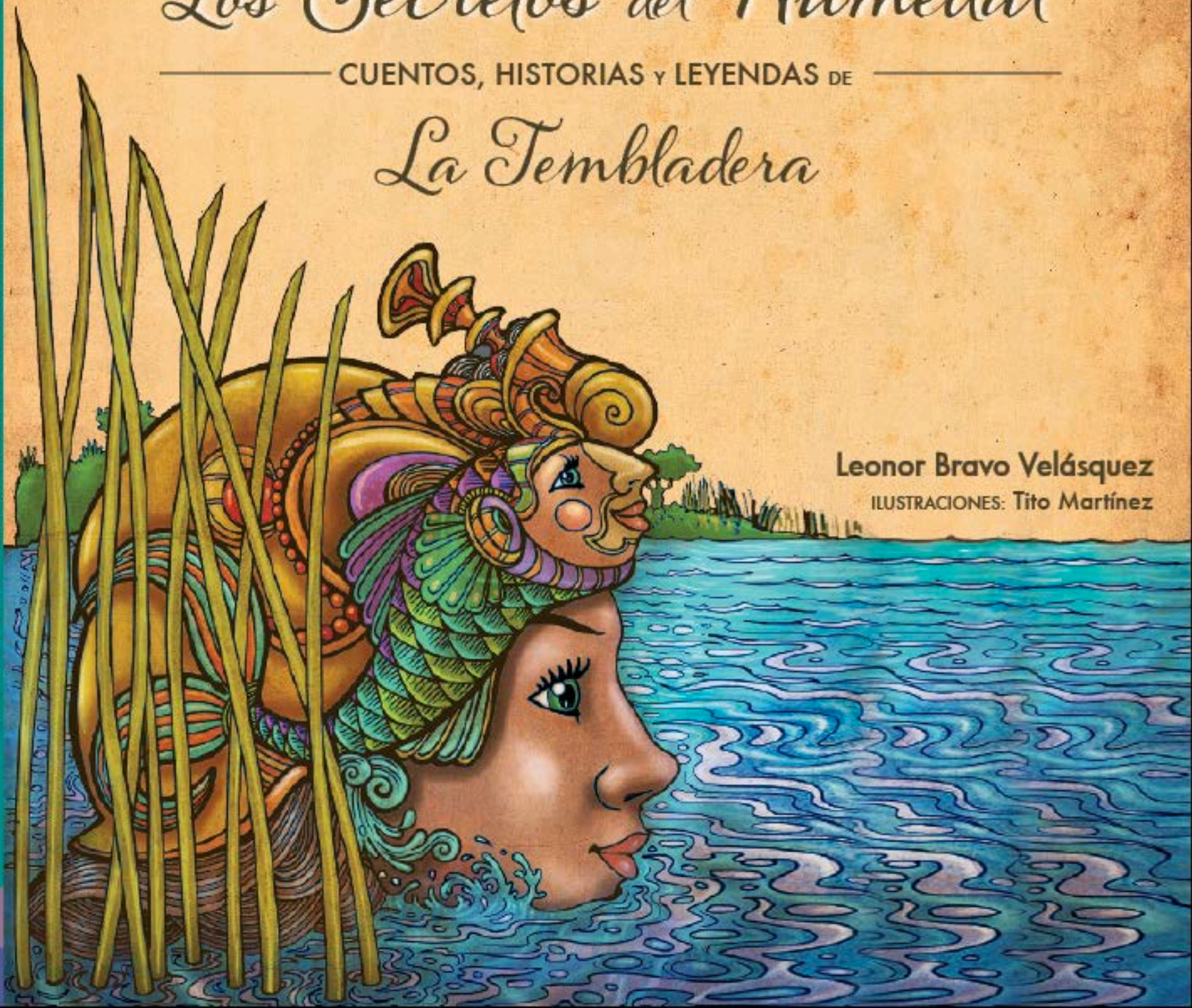
CUENTOS, HISTORIAS Y LEYENDAS DE

La Tembladera

Leonor Bravo Velásquez

ILUSTRACIONES: Tito Martínez

Los Secretos del Humedal · CUENTOS, HISTORIAS Y LEYENDAS DE La Tembladera



Los Secretos del Humedal

— CUENTOS, HISTORIAS Y LEYENDAS DE —

La Tembladera

Leonor Bravo Velásquez

ILUSTRACIONES: Tito Martínez



Índice

Proyecto de Sostenibilidad Financiera del Sistema Nacional de Áreas Protegidas del Ministerio del Ambiente, con apoyo de UNDP y GEF
Humedal La Tembladera, declarado sitio Ramsar

Zornitza Aguilar

Coordinadora del Proyecto de Sostenibilidad Financiera del Sistema Nacional de Áreas Protegidas del Ministerio del Ambiente

María José Lazo

Comunicadora Voluntaria Técnica Naciones Unidas

Leonardo Porras

Director Técnico de Campo para el Humedal "La Tembladera"

Con la colaboración de:

Santiago Álvarez, agricultor de la comunidad Laguna de Caña; Astol Porras, agricultor, y Roxana Porras, de la comunidad La Florida; Lorenzo Fernández, agricultor, Laura Zuriaga, ama de casa, Vicente Quintana, jubilado público, Lucilo Zuriaga, pescador, Nixon Porras, agricultor, y Margarita Laines, dirigente comunal de la comunidad San José; Aristides Guevara, agricultor de la comunidad San Jacinto; Ítalo Flores, agricultor de la comunidad Miraflores; Alejandro Risco, pescador de la comunidad Las Crucitas.

Participaron en la organización del concurso de dibujo:

María José Lazo, Leonardo Porras, Leonor Bravo Velásquez, Aura Rocío Nuñez, Lucía Estrella.

Autora: Leonor Bravo Velásquez

Elaborado por:

Manthra

comunicación integral

Corrección de estilo: Nicolás Jara

Dirección de Arte: Ma. Fernanda Páez

Diseño gráfico: Lucía Estrella

Ilustración: Tito Martínez

Color digital: Claudia Hernández

Recolección de la información: Esperanza Páez

Av. La Coruña N31-70 y Whympor

Tel.: (593-2) 255 8264 • 600 0998

www.manthra.net • info@manthra.net

Hecho en Ecuador

Primera edición, mayo de 2013

ISBN: XXXXXX

El lugar donde se baña la Luna	4
La ciudad encantada	7
Secretos del humedal	11
Sirena de agua dulce	12
La sirena triste	17
Los primeros habitantes	18
Recuerdo de los antiguos	23
Tierra de migrantes	24
Los que iban de paso	28
El encuentro con el puma	29
El encuentro de dos madres	36
Extraterrestres y fantasmas	37
Los visitantes del humedal	43
Fantasmas y aparecidos	44
Baños de luna	50
Los duendes de La Tembladera	51
Travesuras de los duendes	57
¿Lagartos o dragones?	58
El lagarto que sonrío	63
La pesadilla de don Jacinto	64
Lirios de agua	70
Concurso de dibujo, trabajos ganadores	71

El lugar donde se baña la luna

"Mi abuelo me contó —dice uno de los niños que participó en el concurso de dibujo que se organizó como parte de la entrega de este libro a las cinco comunidades ribereñas del humedal La Tembladera—, que aquí, a la poza, baja la luna para bañarse con los lagartos".

Duendes, sirenas, fantasmas, aparecidos y magia forman parte del entorno en que vive la población de estas comunidades que han convertido la exuberancia de la naturaleza que las rodea en una rica tradición oral.

El Proyecto de Sostenibilidad Financiera del Sistema Nacional de Áreas Protegidas del Ministerio del Ambiente, con apoyo de UNDP y GEF, decidió hacer una publicación que recogiera las leyendas e historias del humedal La Tembladera, declarado sitio Ramsar por su importante biodiversidad, para rescatar del olvido a seres e historias que empiezan a evaporarse, espantados por el ruido que trae consigo el progreso, y sean las futuras generaciones quienes mantengan la importante tarea de proteger este lugar.

Como pasos previos a la edición del libro, se llevó a cabo una investigación entre la población, se validaron los textos con las comunidades y se realizó un concurso de dibujo con los niños de las escuelas del sector, a partir de la lectura de los textos. Cada leyenda o historia que compone esta recopilación viene acompañada de un microcuento, creado por la escritora Leonor Bravo, quien fue la responsable del desarrollo del proyecto.

Debemos agradecer a todas las personas que generosamente compartieron con nosotros su conocimiento del lugar, sus leyendas y experiencias:

Santiago Álvarez, agricultor de la comunidad Laguna de Caña; Astol Porras, agricultor, y Roxana Porras, de la comunidad La Florida; Lorenzo Fernández, agricultor, Laura Zuriaga, ama de casa, Vicente Quintana, jubilado público, Lucilo Zuriaga, pescador, Nixon Porras, agricultor, y Margarita Laines, dirigente comunal de la comunidad San José; Arístides Guevara, agricultor de la comunidad San Jacinto; Ítalo Flores, agricultor de la comunidad Miraflores; Alejandro Risco, pescador de la comunidad Las Crucitas.

Un agradecimiento especial a Leonardo Porras, director técnico de campo de La Tembladera, PSF-SNAP, por su testimonio y todo el apoyo brindado que hizo posible el contacto con las personas de las comunidades, y a María José Lazo por su respaldo y entusiasmo para llevar adelante este proyecto.



La ciudad encantada

Dicen que La Tembladera está encantada y que abajo, en las profundidades de su centro, vive un pueblo. Son muchos los que han visto luces y escuchado música salir de la laguna —la señora Maruja sabe mucho de esto porque vive muy cerca de La Tembladera y la gente que pasa por su pequeña fonda comparte sus experiencias con ella—. Otros han oído tocar campanas y hasta ruido de animales: gallos, caballos, vacas.

Aquí se dice de todo, algunos cuentan que han visto hasta casas y murallas de piedra, lo que yo sí he oído es la música. A veces, es como la de una orquesta bien alegre y otras, es una música medio triste como para enamorados. Luces también he visto, pero no me acerco mucho porque dicen que a las lagunas, cuando les gusta alguien, se la llevan para adentro. Tal vez esos sean los que viven ahí.

Los pescadores son los que más han visto de esa ciudad encantada. A uno se le atascó la atarraya y se lanzó al agua para soltarla, entonces vio unas escalinatas de piedra que bajaban y bajaban, parecían no tener fin. Él quería seguir para ver hasta dónde llegaban pero le empezó a faltar el aire y tuvo que subir.

A un primo mío le pasó lo mismo, andaba en el medio de la poza cuando la atarraya se le atrancó. La jalaba y la jalaba y no salía. Entonces se tiró a la poza para zafarla y volvió después de un buen rato diciendo que había visto un enorme puente hierro. Algunos dijeron que si hubiese seguido junto al puente, se habría desencantado la poza. Pero quién sabe, no creo que sea tan fácil. Además, para qué queremos desencantarla si así está bien. Otros sí han visto casas que son como de una ciudad antigua de piedra. Tal vez es de los antiguos que vivieron aquí.

Un vecino me contó que una vez, cuando tenía 18 años, salió a pescar en una balsa con un amigo. Esa noche, la poza había estado bien oscura y solo habían cogido medio saco de negritas. De pronto, sonó una canción lindísima. Miraron para todos lados y no supieron de dónde venía. Entonces la balsa empezó a temblar y, al ver el agua, vieron la ciudad muy abajo. Parecía bellísima porque salían muchas luces. El amigo también la vio. No pudieron distinguir construcciones sino como un bulto que se aclaraba, como un tubo iluminado, abajo del cual se veían las luces. La música seguía sonando y se apagó cuando se fue la luz. Dijo que después de eso volvieron a tirar la atarraya y salió llenita de peces.



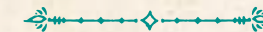
Algunos mayores cuentan que en el centro de La Tembladera, por los años 30 y 40, en las noches, se escuchaban conversaciones, cantar de gallos, farras, música de piano, voces que avivaban y luces que salían de allá abajo.

Un hermano de mi abuela cazaba lagartos. Un día, junto a la vaquería, vio que su hermano había herido a un lagarto y no lo podía sacar porque pesaba mucho. Como él sabía amarrar lagartos, bajó al agua, entonces vio adentro una luz en una parte de la poza. Había como un vacío clarito cubierto de aire, le dio miedo y nunca más volvió a meterse a cazar lagartos. Dice que de la poza salía una luz que iluminaba y volvía clarito todo.

Ahora la gente sigue oyendo un murmullo y todavía ven las luces. Por eso todos dicen que La Tembladera está encantada.



Secretos del humedal



El cielo se refleja en el humedal y este, con cara de líquida inocencia, parece recién nacido ayer. Mas es viejo, muy viejo, tanto como la tierra que lo rodea. Ha visto muchas cosas y mucha gente ha pescado en sus aguas.

Pero calla. La Tembladera no cuenta sus secretos. De vez en cuando, corre sus velos de agua y permite ver algo a ese privilegiado que tiene los ojos limpios.

—¿Qué guardas dentro de ti? —le pregunta un árbol de fruta de pan—. Yo llegué ya tarde para conocer tus secretos. Cuéntame.

¿Qué son esas luces que salen de tus tinieblas? —quiere saber un pelícano—. ¿A quién pertenece la música que brota de ti?

—¿A quién guardaste en tu seno? ¿Eres vivienda o sepultura? —averigua un curioso murciélago.

La Tembladera calla. El viento, su cómplice en el secreto, mueve el agua lentamente, riza pequeñas olas, pero también calla. Los dos sonríen.





Sirena de agua dulce

cuentan los mayores que en La Tembladera vive una sirena que guarda un tesoro y tiene encantado el humedal. Muchos la han visto y han conversado con ella. Estas son algunas de las historias que se dicen sobre este personaje.

Hace mucho tiempo la gente se alumbraba con velas, por la enorme oscuridad que había, las estrellas, que se reflejaban en el humedal, eran las únicas que iluminaban el paisaje. Jacinto, un joven pescador de la comunidad San José, se disponía como siempre a botar su atarraya cuando vio que algo se movía en el agua y brillaba.

Pensó que era un pez y se acercó en silencio para no espantarlo.

—¡Qué alegría! —pensó—, parece que esta noche voy a tener más suerte que ayer, por lo menos no voy a regresar con las manos vacías.

La noche anterior, extrañamente, La Tembladera se había portado avara y, pese a que estuvo mucho tiempo atarrayando, el humedal no le había dado ningún pescado.

Jacinto se acercó y el agua resplandeció aún más.

—¿Habrá lluvia de estrellas? —se preguntó, buscó en el cielo, pero aunque la noche estaba despejada no encontró nada fuera de lo común. Volvió a mirar el agua y distinguió una figura humana que había aparecido.

Sentada en la orilla estaba una joven bellísima que peinaba su larga cabellera rubia con un peine dorado.

Ella le sonrió y con una dulce voz le preguntó:

—Este peine es de oro, ¿qué prefieres: a este peine o a mí?

Jacinto volvió a mirar a la bella joven que le sonreía, su corazón se aceleró; él estaba solo y le gustaría mucho tener a una mujer tan bonita junto a él, pero dudó un momento, pensó en todo lo que podría tener si vendía el peine y, tal vez, hasta conseguir una mujer más bonita que esa. Pudo más en él su codicia y respondió:

—El peine, dame el peine.



La sonrisa se borró del rostro de la joven, su mirada antes cálida, se endureció y luego tuvo un dejo de tristeza. Jacinto se arrepintió, pero era tarde, la joven se lanzó al agua y desapareció.

Jacinto regresó muchas veces al mismo lugar, recorrió en su barca muchas veces el humedal, pero nunca volvió a encontrarse con la joven.

Esto ocurrió en varias ocasiones. Algunos hombres vieron y conversaron con la bella muchacha que vivía en el humedal, a quien todos llamaban sirena. A veces, antes de que la joven apareciera, surgía del agua un enorme pez dorado que parecía ser su mensajero. Pero todos cometían el mismo error: cuando la joven les preguntaba qué preferían: si el oro o ella, llevados por la ambición, ellos elegían el oro. Algunos, puestos sobre aviso, por otros que ya habían vivido la experiencia, de cómo debían responder, estaban preparados para escogerla a ella, pero entonces la sirena aparecía con más piezas de oro y ellos aturdidos volvían a cometer el mismo error.

Pero un día, un hombre que había sido alertado varias veces por sus vecinos, al encontrarse con la sirena, pese a todas las cosas de oro que ella llevaba, la escogió a ella. La sirena, extrañada pero complacida, salió del agua y lo abrazó.

—Has respondido bien —le dijo con su dulce voz—. Desde ahora viviré contigo en tu casa, desencantaré al humedal y te daré un tesoro. Con una sola condición.

—¿Cuál? —preguntó el hombre con cautela, esperando una petición rara o exagerada.

—Hasta que llegemos a tu casa no debes saludar con nadie: ni con tu madre, aunque salga a tu paso y te salude, ni con tu padre, aunque te lo encuentres por el camino. Con nadie.

El hombre se puso feliz porque pensó que la condición era muy sencilla de cumplir. Los dos caminaban juntos, se reían y hacían bromas. En eso, de una de las casas salió otro hombre que sorprendiendo al que iba con la sirena se le acercó por la espalda y le saludó afectuosamente. Él, sin recordar la promesa que había hecho, también lo saludó.

La sirena, se alejó unos pasos, su cara reflejó una inmensa tristeza y después de un segundo desapareció.

Dicen que a partir de ese día la sirena no volvió a conversar con ningún humano. Algunos cuentan que han visto de lejos su reflejo en el centro del humedal acompañada de peces dorados, otros relatan que han escuchado su voz cantando una triste canción y otros dicen que, a lo lejos, en el centro de la poza, se la ve bailar por las noches, pero no ha vuelto a conversar con nadie, ni la han vuelto a ver peinándose a la orilla de La Tembladera.



La sirena triste



La sirena, de cabellos rubios y cola tornasol, nada desilusionada en círculos y le cuenta sus penas a la luna, que refleja sus rayos de plata en el gran humedal silencioso y calmo. Los peces se visten del color del cielo de la noche y también escuchan.



—Los hombres solo quieren el oro, su avaricia los pierde. Yo quiero amor, un abrazo, un hogar. Ellos piden el oro. Abajo entre las aguas estoy sola, a veces tengo frío pero ellos quieren oro.

Sus largos cabellos se extienden en el agua y los peces los peinan.

—No te aflijas, porque no hay remedio para eso —sonríe la luna y acaricia con sus largos dedos el bello rostro de la triste sirena—. Ese es nuestro destino: ver a los humanos sin intervenir en su vida.

Los peces juegan con la sirena para que ría. Al poco tiempo ella ha olvidado su pena y juega a las escondidas entre los totorales.



Los primeros habitantes

En esta zona vivió hace mucho tiempo, mucho antes de que llegaran los españoles, un pueblo llamado Poceo, que se había formado con gente venida de otros lados: unos, de la isla de Puná y otros, de Tumbes, llamados punaes y tumbesinos, o sea que eran migrantes como nosotros —se ríe don Leopoldo, que tiene ya casi un siglo y aún se conserva fuerte y lúcido.

Dicen que ese pueblo fue el primero que encontró el español Pizarro en su viaje a Cajamarca, allá por 1532. Yo sé todo esto porque hace años vinieron unos estudiantes de la universidad a hacer unas investigaciones y nos contaron eso. A mí me interesó porque me gusta la historia y porque es bueno saber sobre las cosas que pasaron antes de que uno naciera.

Ellos andaban en busca de restos arqueológicos porque dicen que los poceos enterraban a sus muertos en unos montículos llamados tolas. Aquí había antes bastantes de esas lomas, ahora ya casi no hay, porque la mayoría fueron bajadas con tractor por los dueños de las fincas. Pero esa tierra no les resultó buena para sembrar: en esos lugares es bien dura porque la mezclaban con conchas. De esas lomas salieron muchísimos tiestos de barro —añade don Leopoldo.

—Pero todavía hay lugares en que se encuentran muchos de esos restos —interviene, desde la cocina, su esposa, doña Rita, mientras fríe pescado recién salido del humedal.

—Sí, claro —dice don Leopoldo—, yo mismo encontré algunos. Hace tiempo, yo trabajaba desbrozando monte en una hacienda, cuando llegamos a un sitio en que había una hilera como de cincuenta metros llena de tiestos y arriba y abajo, como protegidos por ellas, las conchas. Eso no lo habían podido bajar con el tractor porque era durísimo por los diferentes tipos de conchas y caracoles blancos que estaban mezclados con la tierra, y como ya tenían la experiencia del otro sitio en que no se había podido sembrar, lo dejaron sin tocar. Yo creo que todavía debe estar ahí.

—Oye, Leopoldo, ¿te acuerdas de lo que encontró el compadre Lucho? —dice doña Rita, que se sienta a conversar—. Él nos contó que estaba cavando en la tierra cuando halló una copa como de un metro de alto, se había roto un



poco por los golpes, pero él la pegó bien. Dijo que debajo de la copa había un pedazo de oro, delgado como una hoja de árbol, que se la repartieron entre los cuatro que la encontraron.

—Aquí hay bastante de estos tiestos, el que menos tiene una ollita en la casa. Algunos tienen hasta lagartos de barro y otros animales —dice don Leopoldo y saca de un escaparate varias hachas de piedra, pedazos de obsidiana tallada y mullos de cerámica y spondylus.

Y mi compadre José nos contó que en la época de la segunda dictadura militar, cuando hicieron los 40 km de carretera que bordean a la poza, encontraron abajo unos tiestos como ladrillos que formaban algo como una muralla. Su papá estaba trabajando allí y una noche, como a eso de las ocho, cuando empezaba a dormirse, sintió que alguien se acostó junto a él. Dice que sintió frío y le dio mucho miedo. Yo creo que debió ser alguno de los antiguos que venía a cuidar sus cosas.

Aquí hay entierros y tesoros, oro enterrado que debe ser de ellos. Por todas partes se ven brillar fuegos azules. Lo malo es que el oro se corre: si se hace bulla o llega alguien que no debe estar, el oro se va a otro lugar. Dicen que para sacar un entierro no tiene que ir mucha gente. Un bananero había escuchado que en sus tierras sonaba un entierro. Invitó a amigos para sacarlo pero, antes de tenerlo afuera, lo repartió. Eso hizo que se dañara todo: el entierro, que eran siete cajones, se corrió. El oro se corre, es celoso. Estos entierros son de los que antes habitaban aquí y dicen que las brujas son las encargadas de cuidarlos.

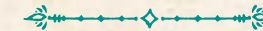
Un primo mío escuchó tirar baldes y vaciar monedas entre las plantaciones de naranjos, le dio miedo. Dejó los sacos de naranjas y salió corriendo. Al otro día fue con los otros trabajadores a ver sus cosas y como pensaron que esas monedas no eran para ellos, no las cogieron. Años después llegó un señor con un péndulo y lo colocó en ese mismo lugar. El péndulo se movía muy rápido. A la noche fuimos a ayudar y cuando ya lo teníamos, se fue, se nos escapó el entierro.

—Aquí hay tesoros que están enterrados y tesoros que están en el humedal —dice doña Rita—, yo creo que por eso La Tembladera está encantada. Esa ciudad que muchos dicen que han visto en el fondo de la poza debe estar llena de tesoros, y para mí que esa ciudad debe ser de los primeros habitantes que vivieron aquí.

El fuerte calor de la mañana se modera con una ligera brisa que viene del humedal y la conversación termina con la llegada de hijos y nietos. Poco después todos disfrutaban de una comida con tigrillo y pescado frito.



Recuerdo de los antiguos



Dormidos en las tolas, sus tumbas de barro y conchas de mar, los antiguos habitantes del humedal respiran aún el aire de selva verde, agua dulce y mar que conocieron.

Los tiestos de barro, antes llenos de chicha y comida y ahora vacíos, guardan el polvo del tiempo que ha pasado por ellos.

Lo único que no querían era ser olvidados, deseaban quedarse para siempre, por eso pensaron en guardarse después de la muerte en sitios que los protegieran eternamente: dura tierra, conchas de mar, ostiones y caracoles blancos.

Venidos de Puná y de Tumbes encontraron en esta tierra que respiraba como nueva, el sitio en que querían vivir. El oro que encontraron no despertó su avaricia

como lo haría más adelante con los llegados del otro lado del mar: el oro, ese metal que brilla como el sol se lo dieron a sus dioses como regalo junto con el spondylus, su alimento preferido.

Ahora solo quedan los restos de su grandeza y el olvido. Y ellos quisieran silencio para seguir escuchando el viento que provoca leves olas en el humedal y el cercano mar por el que habían llegado, no máquinas ni tractores que destruyan su casa ni invadan su sueño.





Tierra de migrantes

Cuando mis antepasados llegaron aquí, estas tierras no eran de nadie y esto era puro monte. “¿De quién es todo esto?” dicen que preguntó el primer Porrás cuando llegó a lo que ahora es La Florida. “De nadie, esto no tiene dueño”, le había respondido una señora que tenía la única casa del lugar, en la que se hospedaban y comían los pocos viajeros que se aventuraban a venir por estas tierras.

Después de eso, regresó con toda su familia, porque le gustó este lugar tan fértil, con grandes árboles y mucha fruta, y porque allá, donde él vivía, todo era seco y amarillo.

Mi bisabuelo llegó a inicios de 1800. Él era de Loja pero viajaba mucho porque era comerciante: compraba granos, verduras y ropa en Guayaquil que

llevaba al Perú. De Guayaquil venía en barco hasta Puerto Pital y de allí se iba en mula hasta el Perú. El viaje duraba entre 8 y 10 días. Él se quedó a vivir en La Florida y como no eran de nadie, se hizo dueño de muchas tierras. Mi abuelo decía que cuando este lugar se fundó estaba lleno de potreros y todos tenían ganado, por eso nos llamaban los potrerillos. Aquí, en esta casa, hemos vivido tres generaciones.

Después de los Porrás llegó don Orellana y detrás de él otros, así se formaron los caseríos que hoy son las comunidades. Del Perú vino mucha gente, mi bisabuela era peruana. Nosotros siempre nos hemos llevado bien con los peruanos, excepto en el tiempo de la guerra. Eso fue bien duro para todos. La primera ciudad que invadieron fue Santa Rosa por eso pasaron por aquí. Como estamos tan cerca de la frontera se llevaban todo para el Perú: el cacao, que había bastante, el ganado también se fue para el Perú. Algunos huyeron pero muchos se quedaron para defender el país. Los peruanos saquearon la ciudad y luego la incendiaron. Las mujeres y los niños de las comunidades nos escondimos en la isla, en la guerra del 41 yo tenía 9 años.

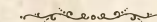
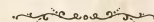
Con nosotros, los peruanos se portaron bien, porque nos dejaron salir sin problema. Al principio las tropas ecuatorianas estaban venciendo a los peruanos porque se habían quedado sin pólvora. Después, ellos nos ganaron porque el presidente se vendió. El gobierno de esa época no nos dio armas para defendernos y cuando dijeron que ya habían enviado algo, al abrir las cajas lo que encontraron adentro eran clavos.

Después de un tiempo, cuando los ánimos se calmaron, empezamos a olvidarnos de la guerra y volvimos a tener buenas relaciones con los peruanos porque muchos de por aquí somos descendientes suyos.

Pero los de aquí somos andariegos, así como llegamos, nos vamos; muchos salen para irse a otras partes. Unos fuera del país, sobre todo a España. No hay una sola familia de este lugar que no tenga parientes en Europa. Cada vez que se iba alguien todos nos poníamos tristes aunque sabíamos que era para mejorar su situación familiar. Ahora hay más oportunidades de trabajo, por eso se van menos, pero hace unos años, si no estabas preparado lo único que había era la agricultura y ese trabajo es bien duro.

Los nuestros se van pero llegan de afuera. Ahora hay muchos peruanos trabajando en las bananeras. Ellos vienen al Ecuador porque nuestra moneda es fuerte y porque aquí son bien tratados y se sienten bien.

Yo por eso digo que esta tierra es de migrantes: unos se van y otros vienen, y a todos recibe bien, a los que vienen por primera vez y a los que regresan. Porque es una tierra buena y fértil que tiene espacio para todos.



Los que iban de paso



La Tembladera enamoró a esos que andaban de paso y quedaron prendados con el agua silenciosa y calma del humedal, los grandes árboles, las frutas y la tierra buena para sembrar.

Los ojos acostumbrados a suelos duros en que la vida se tardaba en florecer, miraron a sus hijos crecer entre los verdes de sus plantas, los gritos de sus monos, loras y papagayos; el asombro con los lagartos y los pumas, el alimento con los muchos peces del humedal y las frutas que envolvían todo con su perfume y sabor.

Iban de paso y se quedaron. Y luego llegaron más, de muchos lados vinieron y se quedaron y esta tierra acogió a todos.

Las flores violetas del humedal se sienten acompañadas por la risa de los niños, los cantos de las madres y el paso apresurado de los que van a trabajar. La Tembladera ya no está sola, pero pide ser cuidada.



El encuentro con el puma

Empieza a caer la noche y la familia de don José toma el fresco en el corredor mientras esperan que él les cuente una leyenda o alguna de las historias de su vida. A lo lejos se escucha a unos niños que juegan pelota en la cancha, el canto de los grillos y el sonido de otros animales nocturnos.

—Todavía me acuerdo del día en que nos encontramos con el puma, era un bello animal —dice don José, mientras toma un bocado de café negro. A él le encanta narrar sus aventuras y ahora que tiene tanto público, porque han venido sus hermanos y todos sus nietos, se siente feliz.

Un señor que iba por el camino de La Tembladera nos llamó asustado y nos pidió que trajéramos a los perros porque había un puma en los cafetales. Los perros lo encontraron rapidito y lo rodearon. El puma brincó el cerco, nos clavó la mirada para asustarnos, dio otro salto y se perdió en el total. Uno de los perros le siguió el rastro y lo encontró subido en un árbol.

Entonces empezó a ladrar y a dar vueltas alrededor. Es que era un perro bien inteligente. Venía donde estábamos nosotros, llamándonos, y luego volvía donde el puma que se había escondido entre las ramas. Pero en un momento se movió y lo vimos clarito. El puma no pudo huir porque recién se había comido un chancho.

—¿Y qué hicieron con el puma? —pregunta Carmen, una de las nietas más pequeñas, con los ojos muy abiertos y brillantes por las lágrimas que luchan por salir.

—Nos lo llevamos para la casa, allí lo pelamos y lo repartimos entre los que lo habíamos cazado. Su abuela lo preparó con bastante condimento y lo asó en horno de leña; quedó riquísimo. Guardamos la manteca para comerla después con verde asado. Lo mejor es que no está mezclada con la carne, porque es como una capa que la recubre. Ahora ya no se puede comer eso, porque los pumas están desapareciendo.

—¡Claro, porque los cazaban! —protesta Ricardo, uno de los nietos.

—Mijo eso se hacía antes porque era la costumbre, no sabíamos que podía afectar a la naturaleza. Ahora ustedes ya no hacen eso porque estudian y, de esas cosas, saben más que nosotros.

—Eso es verdad, ya ni tigrillos hay —interviene doña Josefa, la abuela—, pero esos, junto a los zorros y las zarigüeyas, eran unos bandidos porque se comían las gallinas. Algunas veces teníamos que meterlas a la casa para que

no se las llevaran. De repente, a la madrugada se oía el escándalo, porque cacareaban como locas, cuando llegábamos no había ni una. Ahora ya no hay de esos animales por aquí, parece que los cazaron a todos.

—Aquí había bastante animal silvestre —recuerda don Fulgencio—, había guantas, guatusas, venados, puercos zaca y perdices, que eran bien sabrosas. Cazábamos para comer y también para vender la carne en la ciudad. Había armadillos, monos y osos hormigueros. Ardillas todavía hay, pero se comen el cacao.

—También venían aves de otros lados, ahora se ven pocas de esas —dice Fernando, uno de los hijos mayores de don José—. Venían la “maría” y el “patillo”, se quedaban un tiempo y después de iban. Patos de monte hay todavía y anidan por aquí. Había pelícanos, pero ahora viene poco. Ahora que me acuerdo había bastantes aves: gaviotas, pájaros tigre, patos cuervo; ahora. hasta garzas hay pocas.

—La mayoría de animales y plantas desapareció con la llegada del banano —dice entonces don Luis, un tío abuelo, que hasta ese momento había estado callado—, porque tumbaron los árboles grandes para poder fumigar las plantaciones. Aquí había buenos árboles maderables como el algarrobo, el guayacán, el ébano, el laurel, el madero y el guachapelí. Esos son bien resistentes, si todavía hay puertas y pisos de esas maderas en casas de principios del siglo pasado. Esos árboles hacían sombra a las plantaciones e impedían que las avionetas fumigaran el banano, por eso los cortaron.

—Pero también se perdieron los frutales —dice doña Josefa—. Ya no hay ni guaba de ratón ni de machete, ni zapote, peor caimito o níspero. Y ahí anidaban los papagayos y las loras. Y ya casi no hay ni mango. Ahora ya solo quedan cacao y café.

—¿Y cuál era el árbol de pan? Un amigo me dijo que colgaban panes de varios sabores, de dulce y de sal —pregunta Wendy, una de las nietas, ante la risa de los mayores.

—No mijita —dice doña Josefa—, lo que pasa es que a ese árbol se le dice así porque la fruta tiene bastante comida.

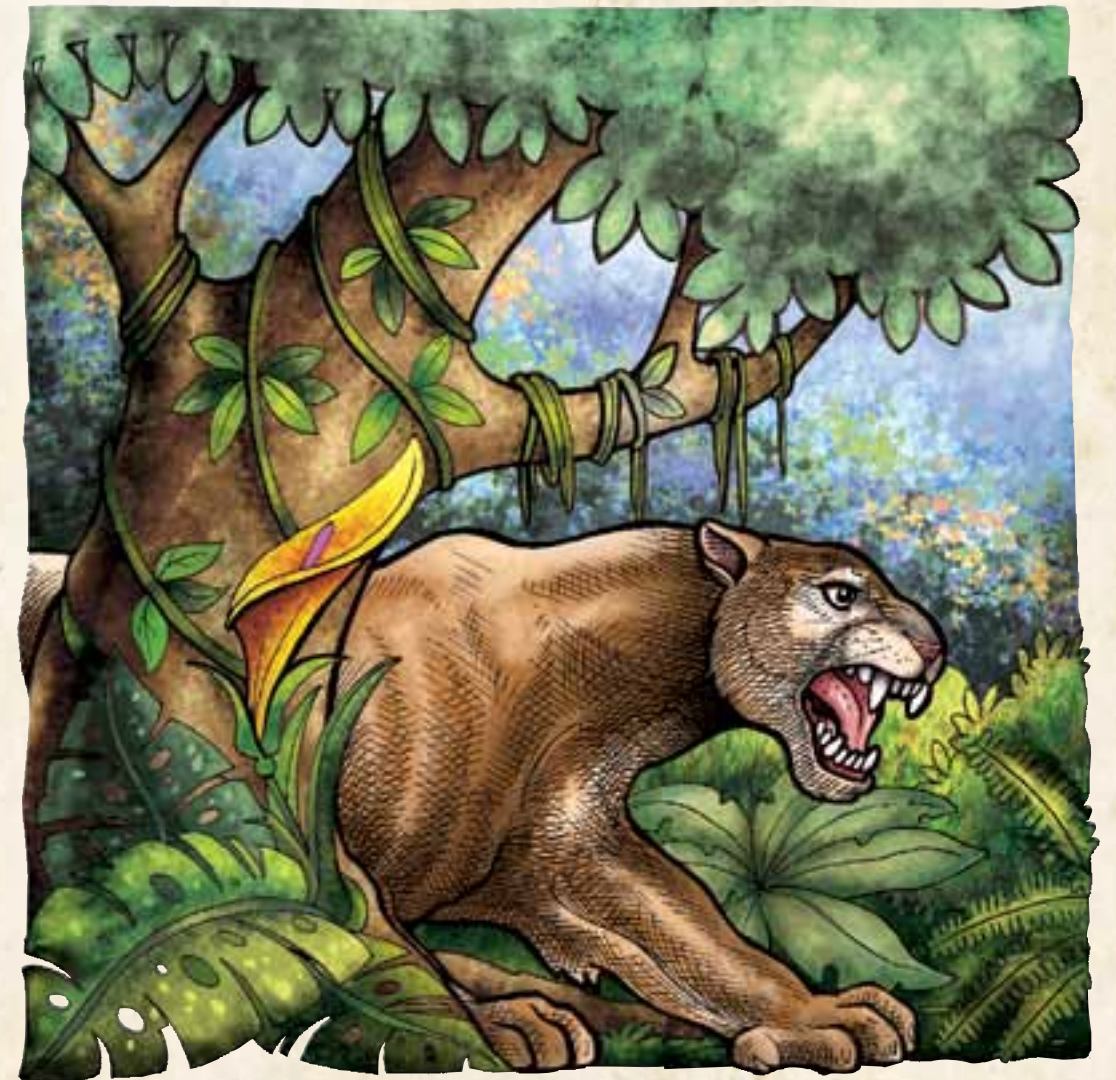
—Y había tanto de eso que servía hasta para alimentar a los chanchos —dice don José.

—No me hagas acuerdo de eso —se ríe doña Josefa—. Yo tenía que levantarme a la madrugada para cocinar la fruta de pan y luego pelarla para dársela a los chanchos.

—Se ve que en ese tiempo había mucha comida —interviene Susana, esposa de Fernando—. Ahora que todo está tan caro, la comerían las personas, porque, según me contó mi mamá, tiene buen sabor.

—Así es, la torta de fruta de pan es buenísima. La verdad es que antes había de todo y en cantidades.

—Y ni se diga peces —dice don Luis—. La poza, La Tembladera, estaba llena de peces. La “dica” era gorda y de carne sabrosa, esa salía cuando había



invierno fuerte. En la quebrada de Pinto había la “dama” que era un pez bien bueno. Los peces de la poza eran la “vieja” azul y rojiza, de esos había muchísimo y eran grandes. Pero en un invierno bravo se desbordaron los ríos y las otras lagunas. En una de esas habían sembrado tilapia, entró a La Tembladera y acabó con los otros peces. Por eso a la tilapia le pusimos el nombre de “vieja brava”. Ahora se pesca sobre todo tilapia y unas pocas “viejas”.

—Pero no solo se mueren por la tilapia, compadre —dice don José—. Aquí pasan cosas raras, usted no me va a dejar mentir. Desde antes de eso los peces se morían en la laguna, parece que es por un gas que sale de abajo del agua. Ahí se mueren hartísimos peces, aparecen muchos boqueando y cubren el agua; eso hasta ahora sigue pasando. Unos dicen que el agua de la totora se pudre en invierno y eso les hace daño, pero otros creen que son gases que vienen de alguna mina de las montañas.

—Así es compadre, no es mentira lo que usted dice. Otra cosa que afectó fue cuando se secó la laguna. Antes de eso había hasta tortugas y cuando La Tembladera se quedó sin agua, aparecieron muertas por todos lados. Y eran buenas para comerlas.

—Nosotros sí que disfrutamos cuando fuimos muchachos —dice Fernando—. ¿Te acuerdas Roberto? En vacaciones nos pasábamos el día entero recorriendo las fincas, comiendo frutas de todo tipo.

—Me acuerdo de cuando comíamos caimito y se nos quedaban pegados los labios —recuerda Roberto, el hijo menor de don José—. Los demás se reían

de mí. Luego teníamos que ir a tomar agua al río para que se nos despegaran. Claro que en ese tiempo el río era limpiecito.

—Y me asustaban cuando no regresaban a merendar por quedarse comiendo el camarón que pescaban en el río y cocinaban en las fogatas que hacían —dice doña Josefa—, porque volvían tardísimo, casi cuando ya empezaba a oscurecer.

—Nos esperaba nuestro buen regaño, pero valía la pena, después de nadar todo el día, pescar y jugar, no importaban los castigos —dice Fernando y los tres hermanos se ríen al recordar sus travesuras de muchachos.

—Y después no quieren que nosotros seamos traviosos, si tenemos a quien salir —dice Wendy—. De tal palo tal astilla, así que no se quejen cuando hagamos travesuras.

—Lo que nunca vamos a hacer es cazar animales. En eso no nos vamos a parecer a ustedes —dice Ricardo.

Todos se ríen mientras siguen conversando. Doña Josefa, ayudada por sus hijos, brinda a todos bolones de verde con chicharrón, café pasado para los grandes y agua de hierba luisa para los pequeños. Más tarde todos se irán a sus casas llevando el recuerdo de las historias que han escuchado esta noche.



Encuentro de dos madres



La madre puma sabe que el cazador anda tras ella, pero ella tiene cachorros que alimentar. Desde la cueva en que tiene su madriguera, se mira todo el valle y el enorme espejo de agua que forma parte de su horizonte.

Los cachorros tienen hambre y la madre puma sale a cazar. Sus ojos, agudas linternas en la noche, encontrarán la presa con facilidad. La madre puma se acerca al pastizal y mira la vaca sola. La vaca muge, el terror la paraliza.

La madre humana tiene dos niños pequeños y la leche de la vaca es para ellos.

La madre puma se acerca lentamente, la madre humana también. La mirada fija en la vista de la otra, cada quien sabe por qué debe luchar. En los ojos de la otra cada una ve a sus hijos. Las dos se alejan.

La vaca tranquila mira la luna.



Extraterrestres y fantasmas

La Tembladera es misteriosa. Toda laguna tiene un misterio y la nuestra, tiene varios. Aquí la gente ve muchas cosas que ni siquiera entiende: se habla de tesoros, de aparecidos, de brujos y hasta de ovnis. Todo eso por el agua: el agua que se queda en la tierra guarda secretos —dice el señor Samuel.

Por esa razón, en los años 80, vinieron de un periódico de Quito a investigar y hacernos preguntas, porque aquí pasaban cosas extrañas. Hasta pensaron que eran ovnis, y pueden ser, porque no hay explicaciones para las cosas que hemos visto.

Una noche iba en el carro de un amigo que pescaba en la poza. Habíamos ido al teatro, que por esa época había llegado a Santa Rosa, y regresábamos como a las diez de la noche. En eso, en una quebrada que quedaba en una parte del camino que llamamos "Mata Palos", cuando íbamos a cruzar el puente vimos un reflejo que dejó toda la carretera iluminada y enseguida se apagó. Duró como quince segundos, vino de abajo hacia arriba y regresó.

En otra ocasión iba caminando por la carretera. Como a eso de las dos de la madrugada, cuando me dirigía a sacar leche en el potrero, vi que del mismo sitio salió un tubo de luz y recorrió todo lo largo hasta la compuerta. El tubo de luz giraba y giraba y luego se volvió a meter en la poza, iba a buena velocidad e iluminó todo el humedal.

Muchos de aquí han visto botes grandes que no aparecen nunca de día, con unas luces bien potentes que iluminan toda La Tembladera, la recorren, dan la vuelta y desaparecen. Esto, o son ovnis o son experimentos raros que alguien está haciendo en secreto.

Un vecino contaba que vio salir de La Tembladera una luz fuerte como un arco iris, pasó rapidito y desapareció en el horizonte. Mi papá, que en paz descansa, decía que cuando la poza se secó, vio unos reflectores que salían del centro de la poza, de esa parte que siguió teniendo agua. Decía que alumbró todito y hasta le dio miedo porque parecía de día. Y muchos hemos visto salir de media poza una cosa como helicóptero y como unas luces de fiesta. Después de eso salió la historia de que de aquí llegaban y salían los platillos voladores.



Sobre La Tembladera hay varias leyendas que contaban los abuelos y los padres. Dicen que los pescadores veían un bote con una luz fuerte que salía desde el centro de la poza y escuchaban que pescaban en el lago, tiraban la atarraya, oían clarito cómo lanzaban la red y cuando iban a ver, no había nadie.

A mí me hicieron una entrevista unos periodistas de El Comercio y me preguntaron si era verdad que en la poza se hace un remolino que traga a la gente. Yo les dije que no es cierto, que como en toda laguna con viento fuerte se levantan olas, pero nada más. Y también me preguntaron sobre los ovnis y sobre fenómenos extraños y de eso sí les conté algunas cosas.

Recién nomás, serán unos cinco años, un día amanecieron cientos de peces muertos en la laguna y hasta el momento no se sabe qué fue lo que les hizo daño, unos dicen que es un gas de alguna mina de las montañas y otros que son experimentos de los extraterrestres. Lo que sí es cierto es que nos prohibieron pescar por buen tiempo.

También parece que vive gente extraña en la isla que hay en el medio de La Tembladera, porque una noche, cuando unos vecinos fueron a pescar en el sitio que se llama la Vitonera, donde cogían unas viejotas, de la isla salió una barca iluminada con gente adentro, como una balandra, que fue rápido hasta arriba y luego volvió.

La parte central de la poza es bien profunda por eso no es raro que salgan cosas de ahí. En la guerra del 41 tiraron varios tanques de los peruanos y se hundieron sin dejar rastro.

Cosas del más allá también se ven: un muchacho andaba pescando y oyó, detrás de él, unos ruidos en el canalete, el muchacho regresó a mirar y vio un ataúd que venía casi junto a él. Después de eso, por un buen tiempo, no volvió a pescar, ni porque los papás lo amenazaron con castigarlo. A ese ataúd lo han visto varios, seguro que es del alma en pena de algún pescador, porque a veces se oye atarrayar y después ven pasar un bote con el ataúd adentro y bastante pescado a los lados.

Cuando yo tenía unos 20 años, fui a pescar con un amigo que iba por primera vez a La Tembladera. Tiramos la atarraya varias veces y no salió nada, entonces decidimos volver más tarde, como a eso de las diez de la noche. En eso, oímos un atarrayazo fuerte y varios más, fueron como unas cinco veces. Pegaron uno al lado mío, regresé a ver y distinguí, a unos cinco metros, un ataúd que iba en una canoa a remos. Oímos otro atarrayazo hasta que se perdió el sonido. Con mi amigo no nos dijimos nada, porque la verdad, yo tenía miedo y supongo que él también. Solo cuando estuvimos en tierra nos contamos lo que habíamos visto.

A un conocido también le pasó una cosa extraña en el camino que bordea La Tembladera: venía en bicicleta de un partido de fútbol como a las 7 de la noche, cuando cerca del lugar de las cruces, sintió algo frío, como una paca de hielo que se le sentó atrás. Dice que no regresó a ver porque sus padres le habían dicho que cuando sintiera algo así no regresara a ver sino que moviera con fuerza el brazo hacia atrás. Hizo eso y sintió que empujó algo que se cayó de la bicicleta. El siguió dándole al pedal y no paró hasta llegar a la casa.

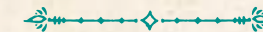
En ese mismo lugar, un amigo que regresaba de noche después de ver a su novia en Santa Rosa, vio la figura de una mariposa que iba delante de él, que crecía y crecía, más y más. Cuando ya casi la luz de la bicicleta la iba a alcanzar, se acercó y vio que se transformó en un ternero y enseguida desapareció. Durante más de mil metros fue con la mariposa delante de él. Desde ahí dijo que nunca más iba a volver solo por ese camino.

A mí me pasó algo hace algunos años: estaba yo sentado en el borde de La Tembladera, cuando a lo lejos vi un bulto blanco de unos tres metros, tenía sombrero blanco con pantalón y camisa de manga larga pero no pisaba el suelo. Era como un ser humano, tenía rostro pero no era de ningún conocido, y no era un ser vivo porque estaba en el aire, parado sobre los lechugines. Cuando pienso en esto se me pone pesada la cabeza y se me evapora la sangre. Tal vez no era un fantasma, porque no son tan largos, tal vez era un extraterrestre o tal vez era mi padre que me cuidaba, porque me acompaña desde que yo era un niño. Desde entonces sentí la presencia de esa sombra, después de que dejé las andanzas no la he vuelto a ver.

Pero que aquí hay algo raro, hay. Ojalá algún día sepamos qué es.



Los visitantes del humedal



Desde su lejano planeta, hace mucho sin agua, ellos salieron a buscarla desesperadamente. En la noche del cosmos vieron brillar una pequeña estrella azul. Y allá fueron.

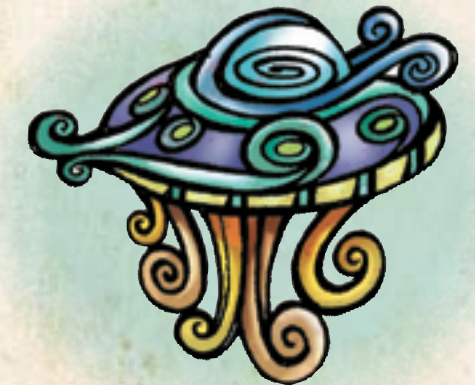
Y hoy, en el más absoluto silencio y con enorme discreción habitan en las profundidades de todos los lagos, lagunas, pantanos y humedales de la Tierra.

Pero no siempre pueden ocultar su presencia, de vez en cuando deben salir a recorrer el gran espacio para proveerse de esos minerales que necesitan para vivir y que aquí escasean.

Y ellos los ven. Los pescadores nocturnos de la Tembladera, los caminantes

solitarios, los enamorados que se ven a escondidas a la madrugada. Ellos los ven, pero nadie les cree.

Así es mejor para todos. Sería terrible tener que abandonar este pequeño planeta azul que les da su bebida esencial y llevarse todo el oxígeno que día a día ayudan a producir.





Fantasmas y aparecidos

—**P**arece que los muertos se quieren quedar en La Tembladera porque no hay familia que no tenga algo aterrador que contar —dice don Ciro. Los vecinos y compadres han venido a visitarlo como todos los viernes y cada uno tiene algo nuevo o viejo que contar.

La noche está fresca y en esta época, en que no hay mosquitos, se puede conversar al aire libre. Allí están los viejos amigos recordando sus épocas de niñez y juventud, riéndose de los sustos que pasaron y de las pequeñas locuras que hicieron.

—Aquí se escuchan por todas partes historias de aparecidos y de fantasmas —dice el señor Manuel—. A mí mismo me pasó con mi hijo. Estábamos

pescando cerca de la isla que hay en La Tembladera, cuando vimos que, en esa casa grande que había allí, alguien prendió la luz. Fuimos a ver quién andaba por ese lugar y no encontramos a nadie. Eso ocurrió algunas veces. Nosotros vivíamos por allí, en una covacha, porque todavía no teníamos casa propia. Una noche vimos que una figura blanca se acercaba hacia donde estábamos. Más tarde sentí que alguien levantaba mi cama. Nunca volvimos por ese lugar. Después supimos que el que había construido la casa, murió allí y parece que alguna cosa no dejó arreglada en vida porque penaba.

Doña Celeste también cuenta una historia sobre una señora que vivía en el camino que va hacia el sur. Era curiosa y metechismes, y le gustaba enterarse de todo lo que ocurría para luego ir a contar a los vecinos. Lo más grave era que no se contentaba con repetir lo que había escuchado sino que agregaba detalles de su propia cosecha. Una noche que espiaba detrás de la ventana quién venía por el camino, vio que se acercaba una procesión con antorchas. Una de las personas que formaba parte del grupo salió, se acercó a la casa y golpeó la puerta. “Señora —le dijo—, vamos para la frontera y tardaremos una semana en regresar. Por favor guárdeme este paquete, pero no lo abra por nada que puede ser peligroso”.

La señora esperó tres días, al cuarto no pudo más de la curiosidad y lo abrió: adentro había una pierna humana. Asustada fue a Santa Rosa a confesarse donde el cura, él le dijo que consiguiera un niño recién nacido y que cuando volvieran para retirar el paquete, pellizcara al niño para que llorara y que, al mismo tiempo, dijera: “Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, líbrame de este mal”.

Cuando volvió la procesión la señora estaba preparada e hizo todo lo que le aconsejó el cura. Inmediatamente desaparecieron la pierna y la procesión.

—Cuando yo era chico vi bastantes de esas cosas —recuerda don Lucho—. En la casa de mi tío, que era enorme, había una niña fantasma. No sé por qué pero los fantasmas niños me dan más miedo que los adultos. Por las noches se oían pasos y alguien que cerraba las puertas azotándolas. Íbamos a ver quién andaba por arriba y no encontrábamos a nadie. Una noche que estábamos jugando en la parte de abajo, escuchamos pasos que salían de la casa hacia la galería del segundo piso. Entonces salió una niña muy linda vestida toda de blanco y cabello largo. Empezó a bajar los escalones y, a medida que bajaba, se hacía más y más pequeña y cuando llegó al descanso, desapareció.

—¡Yo también vi a esa niña! —dice doña Celeste—. Seguro que era alguien que estaba penando. Fue en mi casa un día que se había reunido toda la familia por el cumpleaños de mi abuelito. Todos los primos estábamos jugando abajo cuando escuchamos que cerraron la puerta del segundo piso y vimos que una niña, vestida de blanco, cruzó el corredor corriendo y luego se escondió. Al principio pensamos que era una de las primas pero nos dimos cuenta de que todas estábamos ahí. Nunca supimos quien fue esa niña que vimos cruzar.

—A mi hermano le pasó algo peor —dice don Ciro—, él era bien bravo y malgenio y nos molestaba a todos, sobre todo a una hermana que murió jovencita y que era dos años menor que él. Todo el tiempo la insultaba porque decía que era la mimada de mis papás y él sentía celos de eso.

Esto ocurrió cuando yo tenía 15 años, mis papás se habían ido de vacaciones y yo me quedé a cargo de la hacienda. Estábamos ya durmiendo cuando mi hermano, que es 11 años mayor que yo, salió de su cuarto con una cara de espanto terrible. Me pidió que lo acompañara a su cuarto y que durmiera allí. Como yo no quise, empezó a llorar y llorar, entonces me contó que, cuando estaba empezando a quedarse dormido, oyó unos pasos y una puerta que se cerró porque alguien había entrado a su cuarto. Él vio un bulto blanco que se acercó a su cama y comenzó a levantar el toldo. Entonces le vio la cara, era nuestra hermana muerta que juró vengarse de él un día. Desde entonces, mi hermano se volvió callado y no volvió a molestar a nadie de la familia.

—Yo amanezco con morados en las piernas, pero no son golpes —dice, de pronto, muy seria, la señora Susana, sobrina de don Ciro—. La otra noche, como a las nueve, estaba ya acostada cuando sentí que alguien se acostó a mi lado, luego pasó sobre mí y se acostó al otro lado. No era muy grande pero no podía moverme. Entonces me cogió un escalofrío en todo el cuerpo, me paralicé y no pude destaparme; sentía como una brisa encima mía, pero cuando me destapé, no encontré nada. No es la primera vez que me pasa, antes yo pensaba que eran solo pesadillas, hasta que amanecí con los morados. En otra ocasión sentí que alguien me movía mientras dormía, todas esas cosas me dan mucho miedo.

Cuando pequeña, una curandera me dijo que en un árbol junto a mi casa había una mujer que me seguía, era un espíritu que se posaba en las ramas. La curandera me dijo que le preguntara a ese espíritu qué quería, pero mi



papá dijo que era preferible cortar el árbol. De niña no sentí nada extraño pero desde hace cuatro años sí percibo la presencia de alguien. En este momento siento miedo y quisiera saber si ese espíritu es de alguien que me cuida o que quiere hacerme daño.

—Para hacerte daño, ya te lo hubiera hecho antes —se ríe don Ciro—, porque tiempo suficiente ha tenido para eso.

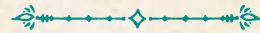
—Así es, porque los fantasmas a veces también dan suerte —dice don Lucho—. Cuando ya tuve mi compromiso iba a pescar a la madrugada porque esa es la mejor hora. Con mi linterna alumbraba el camino cuando vi a un señor, era igualito a mi papá que ya había muerto. Sentí las piernas pesadas y la cabeza grande. Mis abuelos me habían dicho que si veo a un muerto no regrese a la casa sino que siga el camino porque, de lo contrario, el muerto te perseguirá. Así hice y seguí mi camino hasta La Tembladera. Empecé a tirar la atarraya y salieron unas azules grandotas. Con tres atarrayazos llené cuatro baldes. Me regresé contento a mi casa.

—Hubieras contado esto antes —bromea el señor Manuel—. Nos presentabas al fantasmita de tu finado y, ahí sí, todos los días buena pesca.

Todos se ríen. Es hora de despedirse y uno a uno dejan la casa de don Ciro. Algunos por el camino oscuro recuerdan la conversación y piensan: “¿Y si ahora me toca a mí?”, y apresuran el paso, porque no es lo mismo que a uno se le aparezca alguien cuando es muchacho y todo parece sencillo, que ahora que son mayores.



Baños de luna



Los fantasmas, sentados sobre los lechuguines, comparten sus vidas. Están aquí desde hace mucho. Son siglos ya que se turnan para venir a este lugar maravilloso lleno de agua. El agua les hace falta allá donde ellos están, la sed es lo que más les atormenta y aquí el agua es tan dulce y hay tanta.

La sed, la falta de cariño y de calor, eso les falta. El frío les recuerda su estado a cada instante y quieren olvidarlo acercándose, aunque sea un poquito, a los vivos.

Pero estos se asustan, no los reconocen detrás de la neblina que los cubre, no los reconocen sin sus colores y sin su sonrisa, porque ya no pueden sonreír como antes.

Y huyen, se apartan de ellos cuando antes los buscaban.

Los fantasmas toman baños de luna y

hacen apuestas de cómo reaccionará el próximo caminante que se acerque a La Tembladera o qué dirá el siguiente pescador. Prefieren los cobardes porque les hacen reír con su miedo; los valientes, esos que ponen a prueba todos sus trucos, los aburren un poco.

Toman baños de luna porque el sol los calcinaría.



Los duendes de La Tembladera

Dicen que en las quebradas de los ríos cercanos a La Tembladera todavía se escucha el silbido agudo y penetrante de los duendes y que aún las muchachas bonitas de pelo largo se cuidan de andar solas por esos lugares por miedo a que se las lleven con ellos.

Ahora ya no quedan muchos porque tal vez se fueron a buscar otros bosques donde habitar cuando los grandes árboles desaparecieron de aquí. A ellos les gusta el monte, solo salen a los pueblos cuando van a buscar a alguien.

Pero hace algún tiempo, en La Tembladera había muchos duendes y cuentan quienes los han visto y escuchado que en esa zona existían dos tipos: duendes y duendas, y aunque se parecen mucho, pues son pequeños, con

ojos brillantes y risa escalofriante, los primeros se aficionan de las muchachas de ojos grandes y pelo largo, mientras que a las segundas les gustan los varones. Y tienen buen gusto, eso ni dudarlo, pues solo buscan a los muchachos guapos.

Pero de que hubo duendes aquí, los hubo. Hay que ser tonto para pensar que no existen. Y todavía andan por ahí —insisten algunos—. Por eso hay que bautizar a los niños apenas nacen, porque ellos buscan a los niños moros para llevárselos: silban y silban debajo de sus casas y hasta hipnotizan a las mamás para que se duerman y puedan llevarse a sus hijos.

Don Ramón se ríe, él es uno de los que saben más historias sobre los duendes. Él mismo los vio varias veces, cuando era niño.

—Los duendes de La Tembladera eran muy traviesos, les encantaba asustar a la gente pero no hacían maldades, por lo menos de lo que yo sé. Una vez —cuenta—, estaba yo jugando a la pelota con mis primos a eso de las siete de la noche, cuando vi una figura pequeña, como de unos 60 centímetros, subida en un tamarindo grande, que estaba como a unos diez metros. Vi que me llamaba con la mano, me sentí como hipnotizado y avancé hacia donde él estaba, hasta que llegué al otro arco. Mis primos me gritaban y me reclamaban por qué abandonaba mi lugar pero yo no los escuchaba ni les hacía caso. Entonces ellos se dieron cuenta de que me ocurría algo extraño y me sacudieron. Yo sentí como que me despertaba de un sueño, sentí miedo y me puse a llorar. Luego, ellos también lo vieron y todos salimos corriendo.



A una comadre mía, que era muy bonita y tenía el pelo largo y abundante, la seguía un duende que estaba enamorado de ella. Y aunque ya estaba casada con mi compadre Remigio, la iba a visitar. Un día cuando se despertó encontró que su pelo tenía un montón de trenzas finitas. Mi compadre cuenta que ella se movió toda la noche y se tocaba la cabeza como espantando algo.

Es que a los duendes les gustan las trenzas. A los caballos de un vecino le habían hecho trenzas en la crin y en el rabo. Toda la noche habían relinchado y él, pensando que era un puma o un tigrillo se levantó a mirar, pero no vio nada. La sorpresa la tuvo a la mañana siguiente.

Y les gusta la leche, a esos bandidos les encanta la leche. Mi papá le había pedido a mi hermano que sacara a las vacas a los pastizales. Todas habían salido menos una que seguía en el establo y estaba echada sin moverse. Se acercó para llamarla y vio que una figura pequeñita estaba tomando leche de la teta de la vaca. Se estaba alimentado con leche. Como mi hermano hizo ruido, levantó la cabeza y salió corriendo a toda velocidad. Pero él dice que lo vio bien y era el duende. Según él no tiene un sombrero grande, sino que así mismo es la forma de la cabeza, que le sale directamente desde la frente y que por eso algunos les llaman gorra de carne.

Supe de otro muchacho, que se había levantado a las cuatro de la mañana porque la tía le había pedido que ordeñara a las vacas, vio que una de ellas estaba nerviosa, suspiraba y movía la cola y entonces lo vio: era pequeñito

y tenía un sombrero enorme y un ponchito. Él se asustó mucho y regresó corriendo a la casa, pero la tía le dijo que no se preocupara, que solo era el duende que andaba detrás de ella, pero que no les haría ningún daño.

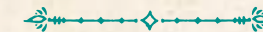
Mi abuela me contó que el duende perseguía a una chica muy linda, que era su vecina; que se metía en la casa y le acariciaba el cabello por la noche. Que le daba serenos, tocaba la guitarra y le cantaba. Como era muy celoso espantaba a todos sus amigos y admiradores, los desafiaba a pelear y nadie le podía ganar porque era muy rápido para golpear y luego correr. La familia, cansada, no sabía qué hacer para lograr que el duende se fuera, hasta que alguien les aconsejó que hicieran como si se fueran de viaje con todo lo que tenían y dejaran la casa por un tiempo. Cuando ya habían puesto todas las cosas en la carreta, el duende se sentó en el caballo y les preguntó: “¿A dónde nos vamos?”. La familia se asustó mucho y decidió buscar otra forma de ahuyentarlo. Entonces otra persona que ya había pasado por lo mismo les contó un secreto: la chica debía tomar un pan, morderlo y luego ponerle algo sucio adentro y ofrecérselo al duende. Como los duendes son muy asquientos apenas tomó el pan desapareció para siempre.

Pero también persiguen a los varones. A un primo mío se le presentó la duenda mientras cuidaba la bomba de agua en La Tembladera. Era una noche muy clara y vio que la duenda brincaba sobre el tanque de combustible de la bomba y se reía. Él cree que estaba enamorada porque lo seguía siempre, pero no le tenía miedo. Dice que la duenda es igual de chiquita y que estaba vestida como una niña.

Sobre los duendes se dicen varias cosas y hay muchas historias más —agrega don Ramón—. Yo cuento esto para que los niños de ahora sepan lo que vivimos nosotros cuando éramos pequeños. Algunos dicen que son cosas del diablo y otros, que son espíritus de la naturaleza, por eso se les escucha en las partes más alejadas, donde no hay gente. Y no todos los pueden ver: yo creo que se les aparecían a los niños y a las personas inocentes y buenas.



Travesuras de los duendes



Los duendes, sentados en lo más alto del florecido guayacán, ríen contándose las últimas travesuras que han hecho: a quién molestaron, a quién engañaron, a quién asustaron. Y, cada semana, como han hecho desde hace siglos, eligen la chica más linda del lugar: la de los ojos más grandes y el pelo más negro y largo.

Esta semana es Margarita la ganadora y cada uno piensa en lo que va a hacer para conquistarla. Unos afinan las guitarras, otros piensan llevarle flores. Todos sueñan con hacer cientos de trenzas a ese frondoso cabello.

Somos los duendes de La Tembladera, ninguno como nosotros para la travesura. Nos gusta el zapote, el pan dulce y la leche tibia, la luna llena, la buena música y las chicas lindas.

Cantan a voz en cuello y esos que los escuchan piensan que son los pájaros.

A la noche, antes de dormir, van al humedal y se lavan la punta de la nariz, las orejas y las manos, porque siempre las quieren limpias.

—No llegues tarde mi niña —gritan las madres preocupadas—, que por ahí andan los duendes buscando muchachas guapas.

Los duendes, astutos y sabidos, esperan que las madres duerman para cantar sus serenatas.





¿Lagartos o dragones?

—Aquí en La Tembladera hay dragones, no solo lagartos —afirma don Segundo, mirando a la lejanía como si recordara algo—. Lo que hemos visto todos son lagartos, porque esos salen a tomar el sol y a respirar, pero adentro, en un hueco sin fondo, viven los dragones. Yo creo que habitan en la ciudad que hay dentro de la poza que tiene comunicación con el mar. Por eso los dragones no salen por aquí porque se van al mar y como eso allá es tan grande nadie los ve.

Cuando se secó el humedal a principios del siglo pasado, y solo quedó agua en el centro, la gente tenía curiosidad de saber cuánto medía la parte más honda, en donde el agua se había hecho espesa y como aceitosa. Estaban en eso cuando de allí salió un animal enorme, dicen que era como una ser-

piente gigante que medía unos cinco metros de ancho. Y, ¿qué es eso sino un dragón? Iba delante de un bote que la seguía y se fue hasta el mar. Era tan ancha que en el camino tumbó todos los árboles que encontró a su paso y dejó una huella inmensa. Esto lo vio mi abuelo y muchas otras personas de la comunidad, ocurrió en el punto que se llama El Negrito, que antes era un brazo de mar, un estero que está entre Jumbo y Jelí. Decían que primero salió el dragón y luego le siguieron los lagartos, que eran muchísimos y casi todos se fueron al mar. Mi abuelo estaba seguro de que cuando el agua regresó el día del aluvión, el dragón también volvió, y que esa es la explicación para todas esas luces que salen de la poza. Él estaba seguro de que esas cosas que brillan son los ojos de los dragones.

—¡Uy, compadre!, ¡ya viene usted con el cuento de los dragones! Además, no todos los lagartos se fueron, algunos se quedaron en un brazo del humedal que es bien hondo, un sitio en el que hay mucha totora —dice el compa Eusebio—. Allí un chico de 14 años se hundió y el lagarto le cogió la pierna, lograron salvarlo porque el lagarto se enredó en la totora, pero después de poco tiempo al chico se le secó la pierna y, la gente que es mala, le puso de apodo “Sobra de lagarto”.

Ahora ya no hay tanto lagarto porque antes los cazaban mucho. El cuero era muy buscado para hacer zapatos, carteras y cinturones y lo pagaban caro, pero solo servía la parte de la panza porque lo de arriba es muy duro. Algunos comían la carne porque decían que era sabrosa y buena para el corazón. La manteca se usaba para hacer remedios contra el asma y las gripes fuertes.

Pero no es fácil cazar lagartos, la gente arriesga la vida. Para cazarlos hay que meterse bien adentro y colocarse debajo del lagarto para sobarle la panza. Ese es el secreto para que salgan a flote. Entonces los que están arriba les alumbran los ojos con linternas para que no los vean. Pero no siempre resulta, yo tengo un compadre al que uno de esos, tal vez el más grande que había por aquí, le arrancó una pierna. Por suerte se salvó, pero ¿cree que les cogió miedo? No señor, sigue cazando y ahora con más coraje porque dice que tienen una deuda con él. Pero alguna gente no sale del agua y luego aparecen solo sus huesos.

—Ya no hay muchos lagartos, pero todavía quedan en los totorales, allí se los oye bramar como toros, a veces hasta da miedo —dice don Pepelucho—. Ahí está toda la descendencia de los lagartos. En ese lugar vieron recién a uno bien largo, como de 6 o 7 metros que salió y fue hasta Pinto y en media poza se dio la vuelta y se quedó quieto. Todos pensaron que ya se había cansado pero volvió nuevamente, era bien fuerte y quiso voltear la canoa que llevaba a la gente que lo quería cazar.

Pero los lagartos son raros, no son tan inteligentes como los tigres o como los pumas, pero a veces parecería que conocen a la gente. Hay personas que pescan desde hace mucho tiempo en La Tembladera y los lagartos no les hacen nada, los ven pero no los atacan, tal vez porque saben que no van tras ellos.

Hace un tiempo vinieron unos gringos que andaban buscando petróleo y pararon unas torres en la Tembladera, ellos contaron que habían visto muchos lagartos, de todos los tamaños, algunos de hasta 15 metros. Pero que



esos no salían del fondo de la poza, solo los pequeños venían a la orilla. Los gringos querían llevarse un lagarto de los grandes pero no pudieron cogerlo, cuando estaban cerca se les escabullía.

—Ya ve, qué les digo yo —vuelve a intervenir don Segundo que escuchaba callado—, esos son dragones, porque ya quince metros es un dragón, y no salen a la superficie porque se van de cacería al mar. Y allá, quién sabe, tal vez hasta cacen tiburones o ballenas.

—¡Ay compadre!, usted es un exagerado —se ríe el compa Eusebio—. Que en el fondo de La Tembladera hay algo raro, hay, pero no dragones, no asuste de ganas a los turistas, que si creen que es cierta su historia no van a volver más con el miedo de que salga alguno de esos y los devore.

—Si no nos han comido a nosotros, tampoco a ellos, digo yo. Tal vez, por suerte, no les gusta la carne de humano —dice don Segundo.



El lagarto que sonríe



El lagarto tiene pereza hoy. Los peces se pasean a su lado y él los mira como si no supiera quiénes son. Toma el sol en su escondite en el totoral. Las garzas con su nítido traje blanco hacen silencio para no llamar su atención. Más antiguo que cualquiera de los que le rodean, se toma la vida con tranquilidad.

El humedal está quieto. El sol cubre todo con su luz, ahora tiene el color de las naranjas y, de vez en cuando, pellizca aquí o allá la espalda desnuda de algún pescador.

El lagarto sonríe con todos los dientes al aire. Hoy hará dieta: ya pueden

pasearse los peces a su lado que él hoy está de vacaciones. Hace demasiado calor para ponerse a trabajar.

¿A quién sonríe? ¿Recuerda acaso a alguien? ¿Tendrá cita a la noche con alguna señorita lagarta, reina del humedal?





La pesadilla de don Jacinto

Don Jacinto se despertó preocupado, había tenido un sueño espantoso. No sabía si contárselo a alguien o no, porque solo con recordarlo se volvía a sentir mal.

Más silencioso que de costumbre, pasó todo el día huraño y distante, el sueño lo había dejado intranquilo. Su esposa, doña Josefa, después de preguntarle algunas veces qué le pasaba, al obtener por respuesta sonidos inentendibles, decidió no molestarlo más.

Caía la tarde y don Jacinto, todavía nervioso, se encontraba en el corredor de su casa, tomando el fresco y un café negro con bolón de verde.

—Hola abuelito, ¿cómo está? —la voz de su nieto lo sorprendió porque no lo había visto llegar—. ¿Qué le pasa?, lo veo triste.

Don Jacinto quería mucho a su nieto Raúl. Era un muchacho fuerte y alegre, que se había criado con ellos desde pequeño y que, ahora que ya había terminado el colegio, estaba en la universidad. Él era una de las pocas personas con las que conversaba a gusto.

—¡Ay, mijo!, es que tuve un mal sueño que me ha dejado preocupado —dijo haciéndose a un lado para que se sentara Raúl.

—¿Un mal sueño?, cuéntemelo, tal vez después se sienta más tranquilo.

—¡Quién sabe mijo!, lo peor es que si no hacemos algo se puede volver realidad.

—A ver —insistió Raúl con paciencia—, dígame qué fue lo que soñó.

—Es sobre la poza, sobre La Tembladera. Verá, yo veía cómo la poza se empezaba a secar y secar, y en un solo día se quedaba sin agua. Y todos los peces se quedaban ahí tirados sobre la tierra brillando al sol. Del centro, donde todavía quedaba un poco de agua salía una sirena bellísima que me miraba a los ojos.

—¿Una sirena? —sonrió Raúl pensando que su abuelo le iba a narrar uno de sus acostumbrados cuentos de aparecidos.

—Si mijo, una sirena que me dijo: “El agua se va, aquí no la cuidan y ella no se queda donde no se la quiere”. Después se hundió en la poza y no volvió a salir más.

Entonces vi que la gente se alegraba porque había más sitio para sembrar y allí donde antes estaba la poza aparecían plantas de cacao, de tomate y otras que ya no me acuerdo. Pero enseguida, porque así es en los sueños, todas las plantas se murieron porque toda el agua desapareció.

—¡Oiga abuelito!, ese sí que es un sueño feo.

—¡Y hay más!, por eso ese sueño me arruinó el día. Después el aire se puso más y más caliente y como espeso, tanto que era difícil respirar. Los pajaritos caían desmayados mientras volaban. A cada minuto se hacía más caliente y era más difícil respirar. ¡Ay!, si todavía siento el nudo que se me hizo en la garganta. Además todos empezábamos a morir del hambre porque sin agua ninguna planta podía crecer.

—En verdad eso no fue un sueño, sino una pesadilla. Pero, ¡no se preocupe abuelito, que eso no va a pasar nunca! La Tembladera no se va a secar jamás.

Don Jacinto miró con tristeza a su nieto.

—Estas son cosas de las que hablamos poco mijo, pero eso ya pasó una vez: La Tembladera estuvo seca durante siete años, y si pasó una vez se puede repetir.



—¿Cuándo? Yo siempre he visto al humedal lleno de agua.

—Es que tú eres muy jovencito, eso fue hace muchos años. La poza se secó y solo quedó en el medio un redondel de agua como aceitosa. Se murieron los peces y hasta los lagartos, que los encontraban medio enterrados en el lodo. La gente empezó a sembrar allí. En otra ocasión, y eso pasó cuando yo era joven, se secaron los ríos por tres años, esa vez no había agua ni para regar, la tierra se abría como grietas y la gente tenía que hacer pozos en el lecho del río, cavar bien hondo para hallar un poco de agua. No había nada que comer, porque todo se secó, por eso la gente comía las raíces, los cogollos de los pencos y la papa china. Esos tiempos fueron bien duros y pueden volver. Si no cuidamos el humedal esas épocas pueden regresar.

—Abuelito, cuénteme, ¿y cuándo volvió a tener agua La Tembladera?

—Fue un tres de mayo, me acuerdo clarito. Vino un aluvión terrible que no descansó hasta llenar de nuevo la poza. En una sola noche volvió toda el agua y cubrió todas las plantas que habían sembrado.

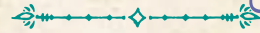
Raúl estaba extrañado, su abuelo nunca hablaba tanto y peor con ese arranque. Y, era posible que tuviera razón. Él rara vez pensaba en el humedal. Como lo conocía desde que nació creía que no le podía ocurrir nada, que iba a seguir siempre igual. ¿Qué pasaría si La Tembladera, en realidad, se secara? Nunca había pensado en eso. Y lo que decía su abuelo era verdad: sin agua nada puede vivir, ni plantas ni animales ni personas.

El fin de semana pasó y Raúl, que ya no pudo dejar de pensar en el sueño de don Jacinto, fue a la biblioteca de la universidad para saber más sobre el tema. Quería saber si el humedal se podía secar y cuáles serían las consecuencias si aquello ocurriese.

Lo que encontró lo hizo tomar algunas decisiones, leyó artículos muy interesantes sobre la importancia de los humedales. Decían que eran los responsables de la producción de una gran cantidad de oxígeno y que ayudaban a controlar la contaminación del aire. Explicaban cómo la destrucción de los humedales afectaría al calentamiento global del planeta y la salud de las poblaciones que vivían cerca de estos ecosistemas, y que este problema era causado por la agricultura y la ganadería mal practicadas por la falta de saneamiento ambiental y por la invasión de especies ajenas al lugar.

Raúl pensó mucho y decidió que conversaría con otras personas de la comunidad, sobre todo con los jóvenes para convencerles de que entre todos debían cuidar a La Tembladera, que era un regalo que habían recibido de la naturaleza y que era hora de empezar a preocuparse por su protección. De esa forma, el sueño de su abuelo se quedaría solo en la pesadilla de una noche y no en una realidad trágica para quienes vivían en las comunidades cercanas.

Lirios de agua



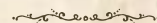
El humedal se viste de blanco y violeta con los lirios de agua que sonríen al día. El paisaje se torna dulce y las aguas dejan su eterna quietud para bailar al son que el viento toca. Las flores mueven sus pétalos y el agua se estremece.

La verde alfombra sostenida en el agua conversa con las nubes y se ufana orgullosa del color de sus retoños, mientras los peces se esconden en sus raíces de los lagartos que los persiguen y dejan su descendencia entre ellas.

—Mira papá —dice el niño con asombro—, los lechuguines están todos florecidos. ¿Podemos acercarnos un poco para verlos mejor?



El viento, que escucha el pedido, acelera la danza, el verde y el violeta rodean el bote por unos segundos. Esa noche el niño soñará con flores bailarinas.



Concurso de dibujo



Como parte del proceso de participación de los habitantes de las comunas ribereñas del Humedal La Tembladera en la recuperación de las leyendas tradicionales del sector, se organizó un concurso con los niños de Octavo, Noveno y Décimo Año de Educación Básica sobre la base de los cuentos y leyendas escritas por Leonor Bravo a partir de las conversaciones sostenidas con los ancianos de dichas comunidades.

El concurso se realizó el día viernes 14 de diciembre de 2012 en la Casa Comunal de la Comuna de San José con la participación de 50 niños y niñas de las escuelas Escuela Río Cenepa, Escuela Fiscal Mixta Atahualpa, Escuela Jesús María Flores de Piedra, Escuela Provincia de Cotopaxi.

Se otorgaron tres Premios, dos Menciones Especiales y 10 Menciones de Honor.





Primer premio

Jean Carlos Castro Castillo

El remolino de La Tembladera
Escuela Fiscal Mixta Atahualpa



Segundo premio

Cintha Abad

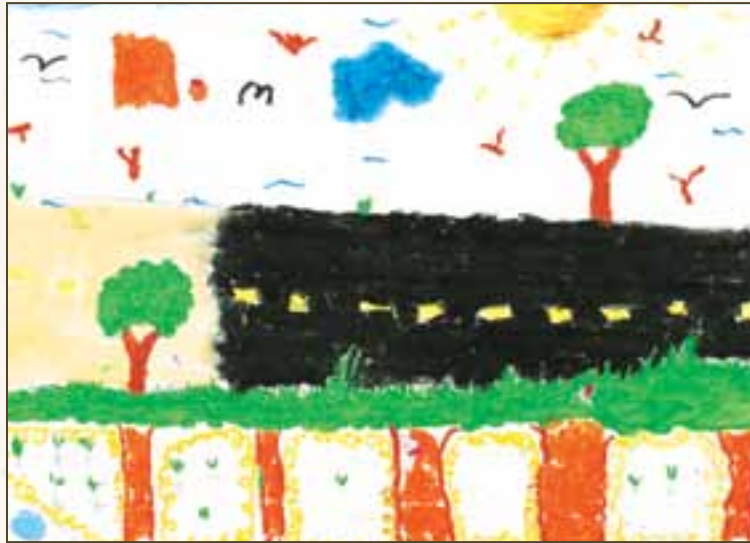
La sirena del humedal
Escuela Jesús María Flores de Piedra



Tercer premio

Abigaíl Condoy

Ciudad encantada
Escuela Jesús María Flores de Piedra



1.a Mención especial:

Edwin Vitonera Rueda

Cuando se secó La Tembladera
Escuela Río Cenepa



1.a Mención de honor:

Angelo Lupú

Cuando se secó La Tembladera
Escuela Fiscal Mixta Río Cenepa



2.a Mención especial:

Gladys Leticia Madrid Madrid

Fantasmas y aparecidos
Escuela Fiscal Mixta Atahualpa



2.a Mención de honor:

Adrián Alexis Flores Moreno

El puma
Escuela Provincia de Cotopaxi



3.a Mención de honor:

Melania Leonela Torres Carrillo

La sirena del humedal
Escuela Jesús María Flores de Piedra



5.a Mención de honor:

Angélica Álvarez Castillo

La leyenda de la sirena
Escuela Fiscal Mixta Atahualpa



4.a Mención de honor:

John Reto Pizarro

Los primeros habitantes
Escuela Fiscal Mixta Río Cenepa



6.a Mención de honor:

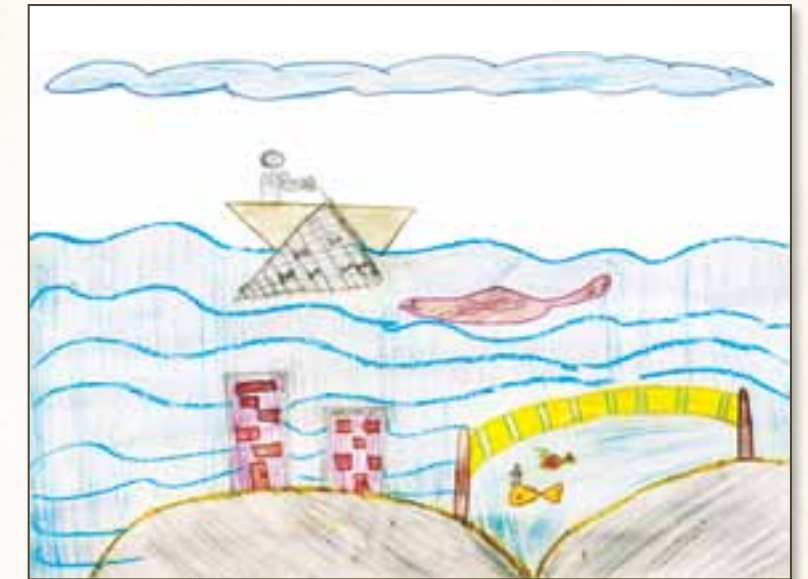
Anthony Zúñiga Chica

Los primeros habitantes
Escuela Río Cenepa



7.º Mención de honor:

Lisbeth Castro Villacís
La leyenda de la sirena
Escuela Fiscal Mixta Atahualpa



9.a Mención de honor:

Tatiana Romero
La ciudad encantada
Escuela Jesús María Flores de Piedra



8.a Mención de honor:

Julexi Calderón Gonzáles
La sirena
Escuela Fiscal Mixta Atahualpa



10.a Mención de honor:

Jefferson Jama
El sueño del señor Jacinto
Escuela Río Cenepa

Este libro se terminó de imprimir
en mayo de 2013





El humedal La Tembladera, sitio Ramsar por su importante biodiversidad, ubicado en el cantón Santa Rosa, provincia de El Oro, es una reserva de rica tradición oral expresada en diferentes leyendas que hablan de duendes, sirenas, fantasmas, magia y aparecidos.

Esta publicación, que es una iniciativa del Proyecto de Sostenibilidad Financiera del Sistema Nacional de Áreas Protegidas del Ministerio del Ambiente, UNDP y GEF, tiene como fin rescatar del olvido estos seres e historias que empiezan a evaporarse espantados por el ruido que trae el progreso para que siga siendo el legado de las futuras generaciones.



Ministerio
del Ambiente

